

les o un Lilienthal; y no es de extrañar que la curiosidad nos induzca a reparar con una leve sonrisilla, no exenta de amor, en los *inventos* de un fray Antonio de Fuente-lapeña o un Pasarón; pero ¿quién se detendrá, por ejemplo, en las ascensiones de un tal monsieur Arban? No son cosa risible, porque sus globos eran los normales, los que usaban, ya que no todas las gentes, sí cuantos en su tiempo se arriesgaban a elevarse en el aire; y el hecho de que se tratara de simples ascensiones a la vista del público, parece desvanecer en nosotros toda idea de riesgo. ¿Quién le truncaría su diversión al crondo burgués que en la plaza contempla al aeronauta elevarse en su barquilla, y saludar, y maniobrar?... "Si el tiempo lo permite..." La salvedad que prudentemente cubre toda responsabilidad en las ascensiones de Mr. Arban, ¿era realmente necesaria? ¿Iba el tiempo a resultar tan descortés como para esropear la fiesta a unos cuantos cientos de buenas gentes, y fastidiar el negocio a un buen señor que ningún secreto se proponía robarle? Mas, por eso mismo, es natural que hoy a pocos diviertan aquellas ascensiones que tanto divirtieron en su tiempo.

Y, sin embargo, contienen su valor: un valor que las hace dignas de recuerdo. Ante todo, porque realmente había allí riesgo, y grande. Repátese, si no, la suerte de aquellos aeronautas que, a mediados del siglo pasado, en los dorados tiempos en que Luis Felipe reinaba en una Francia rentista y acomodada, ponían una cálida nota de audacia en un mundo asaz gris, aburguesado, práctico y pacífico. Comaschi, italiano, fué uno de ellos. Tras interesantes ascensiones en Francia e Italia, se elevó el día 25 de junio de 1845 en Constantinopla, para desaparecer sobre el mar Negro. Otro, el francés Ledet. Perdido sobre el lago Ladoga en 1847. ¿Otro aún? Pues sí: el italiano Tardini. Sobre Copenhague, en 1851, fué su última ascensión. ¿A qué seguir? Bastarían esos tres nombres para convencernos de que el tiempo les estropeaba muchas, demasiadas veces, la diversión a los buenos turcos, o a los suecos, o a los súbditos del Zar que acudían a contemplar perderse por los aires a un pacífico aeronauta. La pérdida era a menudo, ya se ve, para siempre. Bastarían, repito, esos tres nombres. Esos tres nombres y el de nuestro monsieur Arban, el más célebre de los aeronautas de aquel tiempo, viajero de los cielos de Francia y de Italia, de Austria y de España, y que antes que nadie atravesaba en globo los Alpes, elevándose en Marsella el 2 de septiembre de 1849 y descendiendo en Turín; proeza sólo realizada después por René Latu, en 1924, y que algún día recogeremos en esta Sección, pues que el lionés aeronauta nos ha dejado un vivo relato de ella; proeza cuya gloria había de comprarse a precio de vida, que en su siguiente ascensión, el 7 de octubre de 1849, desde Barcelona, Arban entregaría.

Pero no es de esa faceta heroica de Arban de la que voy a hablaros hoy, sino de la otra: de sus ascensiones pacíficas, sin riesgo, ante las tranquilas y curiosas gentes del 800, en Francia, en Italia, en Austria, en España...; de esas ascensiones por sobre las cuales pasamos hoy sin parar mientes, y que, sin embargo, tienen también su valor, su gran valor.

Porque sólo ascensiones como aquéllas fueron creando un estado de espíritu que en gran parte hizo posible tanta y tanta aventura audaz. Alguna vez escribí algo sobre la *ofensiva de las burlas*, que tan pronto se dirigió contra la

conquista del aire. Bien: el hecho resulta cierto; pero también que obreros humildes como Arban y otros fueron, poco a poco, llevando al conocimiento de todos el nuevo invento, y, lo que valía más, a su ánimo la convicción de que *aquello* podía ser algo más que un fácil motivo de diversión en tarde dominguera. Mr. Arban es uno de ellos: uno cualquiera en esa legión que, sin descanso, fué popularizando lo que empezó siendo objeto de espanto para los campesinos de la región de París. Baste para destacarle aquí el recordar que, entre las ascensiones por él realizadas en diversos países, verificó algunas en España.

El era francés; hombre cortés, si los hay. Si lo dudan, pueden ustedes contemplarle en la litografía adjunta, de pie en la barquilla de su globo, ligeramente apoyado en su reborde con la mano izquierda, mientras la derecha saluda con ademán que se adivina pausado, elegante, en ella el sombrero de copa. Amplio abrigo de pieles, barba, Mr. Arban, aeronauta, como reza el pie del grabado, les saluda a ustedes, señores, antes de lanzarse al azul del cielo, que supongo azul porque se trata del de Madrid y porque no he olvidado la advertencia: "Si el tiempo lo permite..." Ahora se trata de la segunda ascensión; la primera tuvo lugar el 27 de octubre de 1847, donde esta segunda: en la plaza de toros. Si desean apreciar el espectáculo en conjunto, vuelvan a la página anterior, por favor, y allí podrán admirar el gran redondel, y en su centro, el globo, listo para partir, y las graderías cuajadas de cabezas curiosas y a buen seguro parlanchinas, y aquí y allá, como guardianes de los cuatro puntos cardinales y de alguno más, disformes globos con que atraer a los *isidros* y a los papanatas de toda laya: un delfín, una cántara, Abd el Kader, una fortaleza y un globo natural, globos correos que Mr. Arban remontará, según anuncia en el cartel. Pero, ¿es que sólo cuenta con eso para atraer a los *catetos*? Señores, para atraer, y no sólo a los *catetos*, Mr. Arban cuenta con algo más; atiendan, atiendan. "Queriendo Mr. Arban dar una muestra de agradecimiento al pueblo de Madrid, que tan galantemente le ha acogido, y deseando que esta muestra pueda alcanzar indistintamente a todos sus favorecedores, ha dispuesto ofrecerle *dos obsequios* distribuidos en *dos lotes* y que se adjudicarán por suerte, a saber.

"A saber, señores:

"1.º *Un almuerzo de tee*, compuesto de lo siguiente: Tetera, lechera y azucarero, con dibujos Bizantinos y con asas barrocas y remates cincelados. Una bandeja grande con molduras y asas de adorno de relieve. *Dos tazas* con asas cinceladas y sus platillos correspondientes, todo de *plata* y del valor de 3.762 reales.

"2.º *Doce cubiertos* con adornos de gallones. *Doce cucharillos* de ídem. *Un cucharón sopero* con el mismo adorno; *café* (sic), todo también de *plata* y del valor de 2.800 reales."

¡Eh! ¿Qué tal? Pero aún hay más, y de más elevado orden que esos premios que adjudicará la suerte, porque en el mismo sabrosísimo pie del cartel anunciador se nos asegura que "la *Gran Banda* tocará la brillante sinfonía de "II Nabuco", cosa que, al parecer, debía resultar inaudita cuando así se anunciaba, y además, el pasodoble del tambor, "Los Fantásicos", "Gran Coro final de la Medea", "El carnaval italiano", "El asalto guerrero" y el "Gran himno de Pío IX". Y todavía más. Pues, "siendo muy reiteradas las

instancias con que varias personas se han presentado solicitando verificar una ascensión", Mr. Arban, siempre gentil, accede a realizar "algunas ascensiones a una grande altura, sostenido el globo por cuerdas", para lo cual los solicitantes deberán acudir a su domicilio, calle de las Infantas, núm. ...

¡Qué lástima! Iba a dejárselo a ustedes por si alguno deseaba aprovecharse de la amable invitación; pero me dicen que eso fué hace ya casi un siglo. Bien; entonces nos conformaremos con saber que, después, Mr. Arban prometía acercarse en su globo al palco de SS. MM. y recorrer luego toda la plaza, repartiendo "dos mil ejemplares de su retrato y ramos de flores entre los concurrentes", todo ello como preparativo a "la gran ascensión, en la que Mr. Arban se remontará con su globo en la misma forma que en la función anterior", y con asegurarles yo a ustedes que tal como lo prometió lo realizó, con toda felicidad, y... Quisiera comunicarles que las personas a las que correspondieron los números agraciados "en el próximo sorteo extraordinario de la lotería moderna", celebrado a partir de la fiesta, recibieron el "almuerzo de tee" y los "doce cubiertos", etc., etc.; pero no llega a tanto mi información; me habré, pues, de limitar, y ustedes conmigo, a desear que

así fuera y que el almuerzo y los cubiertos se disfrutaran con todo género de venturas.

Monsieur Arban, como ya queda dicho, prosiguió sus viajes y sus ascensiones; pero esto es otro cantar. Y otro también el de las repercusiones que el famoso globo de Mr. Arban logró en España; desde "la expedición aérea que verificaron Fray Gerundio y su lego en el globo de Mr. Arban y en su compañía la tarde del 15 de noviembre de 1847", y D. Modesto Lafuente nos relató en dicho año, hasta el artículo que al globo del francés dedicó "El Tío Camorra, periódico político y de trueno", con el *non sancto* fin de cantarle a Narváez las cuarenta. Pero si se trata de cantares distintos, bueno será que nos callemos por ahora; quedémonos con el real Mr. Arban de las ascensiones de Madrid, aquel que, descubierto, se dirige a España, y gravemente, la jura

"exclamar con voz de trueno
al ocultarse a mis humanos ojos
la titánea cerviz de la montaña:
¡Gloria a Isabel II y gloria a España!"

para dedicarle, a él y a cuantos como él pasmaron con sus ascensiones a las enlevitadas gentes del ochocientos, este recuerdo.



Mr. Arban en su globo.

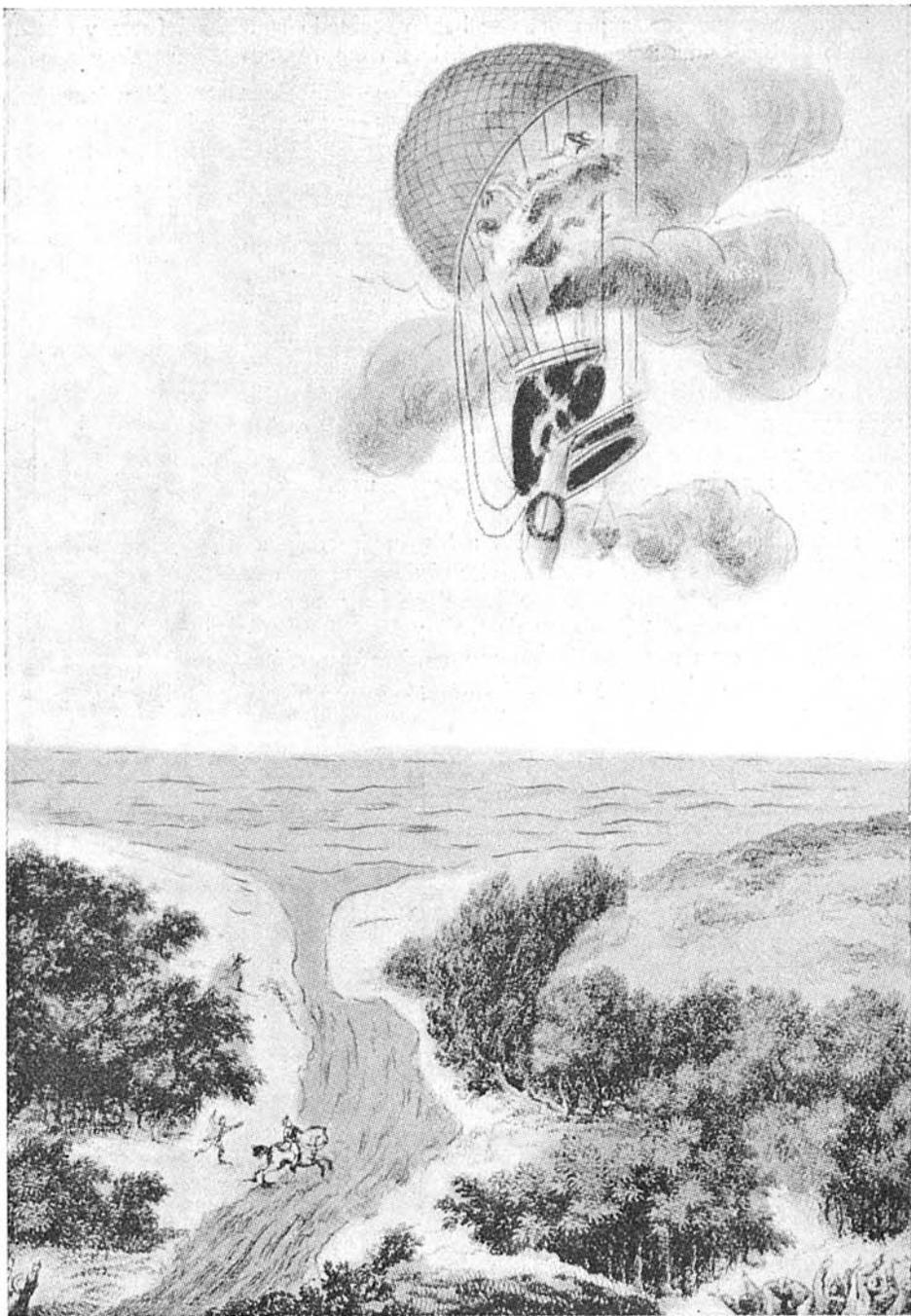
(De la "Histoire de l'Aéronautique".)

A la memoria del héroe caído

Dicen que a los audaces distingue la fortuna. Podrá ser, pero también que en ocasiones la distinción es para premio de inmortalidad, que no de gloria percedera. Si doloroso, bueno es que así sea; que es tal el hombre que sólo lo difícil le tienta, y sin el agridulce sabor de la fácil tragedia quizá no abandonara en ninguna ocasión el muelle refugio de su comodidad. A Pilâtre de Rozier, héroe de mi historia, la fortuna le abrió una vez sus brazos generosos para ofrendarle la palma de la gloria temporal. Fué, ya lo sabéis, el primer hombre que abandonó esta tierra, para mecarse en el cielo, hermano de las aves, émulo afortunado de un Icaro que en su osadía encontró justamente la muerte. Pero Pilâtre era hombre, y con ello quiero significar que no era la suya la madera de los frioleros devotos de su propio regalo. La palma alcanzada sólo le fué deseable en tanto no lograda; quiso más. Y esta vez la fortuna tampoco le desamparó; pero no fué su amparo el del éxito, sino el del fracaso, aún más heroico todavía.

Le acuciaban incesantes las sirenas de todas las tentaciones. No era nada su primer vuelo, y lo era todo lo que le esperaba. Por ejemplo, cruzar el Canal, volar hasta Inglaterra. Pilâtre quiso hacer pronto carne de realidad su idea. Un compañero, pronto lo encontró: un tal Pedro Angel Romain. No es difícil encontrar hombres de corazón para tales empresas. En ésta, el compañero resultaba, además, descubridor. De su tejido impermeable podían esperarse grandes, maravillosas, cosas. Las suficientes, quizá, para devolverle la visita a aquel Blanchard que tan audazmente se había adelantado a los propósitos de Pilâtre. Las suficientes, también, para acallar a los maldicientes, que por versos y canciones iban cantándoles burlas a los expedicionarios, tan a su pesar retenidos por vientos contrarios en la costa que tanto deseaban abandonar. También es virtud de héroes la paciencia. Cuando fué tiempo, el momento llegó. 15 de junio de 1784. Desde Boulogne-sur-mer. Ante un público cuyo silencio parecía preludear el trágico desenlace de la aventura.

¿Y qué más queréis saber que no lo tengáis en el quieto patetismo del grabado? A los veintisiete minutos de partir, los aeronautas pasaban sobre Wimereux. Se les notó

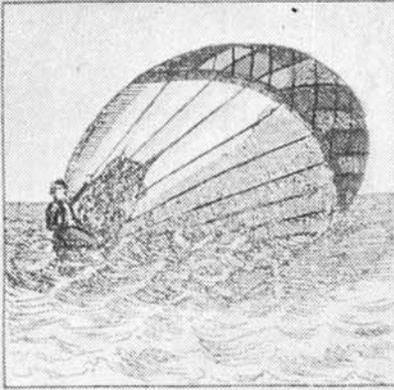


Accidente de Pilâtre y Romain.

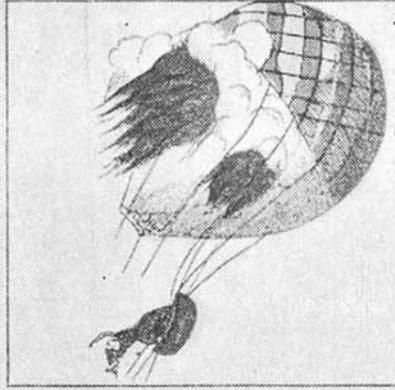
(De la "Histoire de l'Aéronautique".)

algo alarmados. A poco, el globo era todo una enorme llama que caía a apagarse junto al mar. Romain aún alentó algunos minutos. Pilâtre, no.

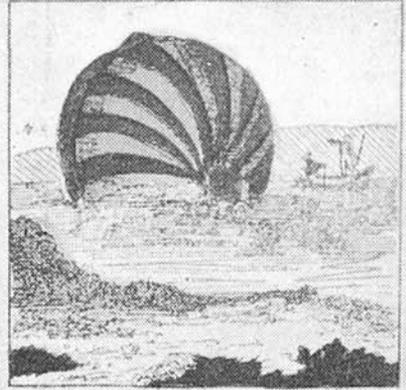
A quienes como él cayeron, ofréndeseles corona de hechos parejos, mejor que llorosos recuerdos. Al siglo de aquélla, el 15 de abril de 1875, otros seguían su suerte. El anónimo dibujante que recogió la triste anécdota de los tripulantes del "Zenith", ornó su ingenuo grabado con viñetas represen ativas de hechos semejantes. ¿Qué importa quienes fueran? Jugaron sus vidas; las salvaron o las perdieron. Sea su heroica corona la más constante memoria en honor del héroe caído.



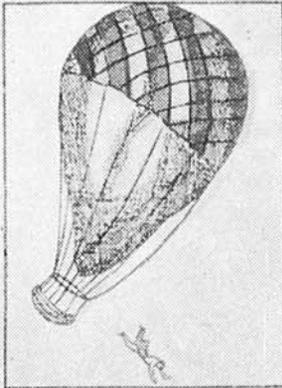
Rupture du ballon de monsieur Montgolfier, et sa chute dans la grande mer d'Allemagne, où il se fit perdre le 15 juillet 1783.



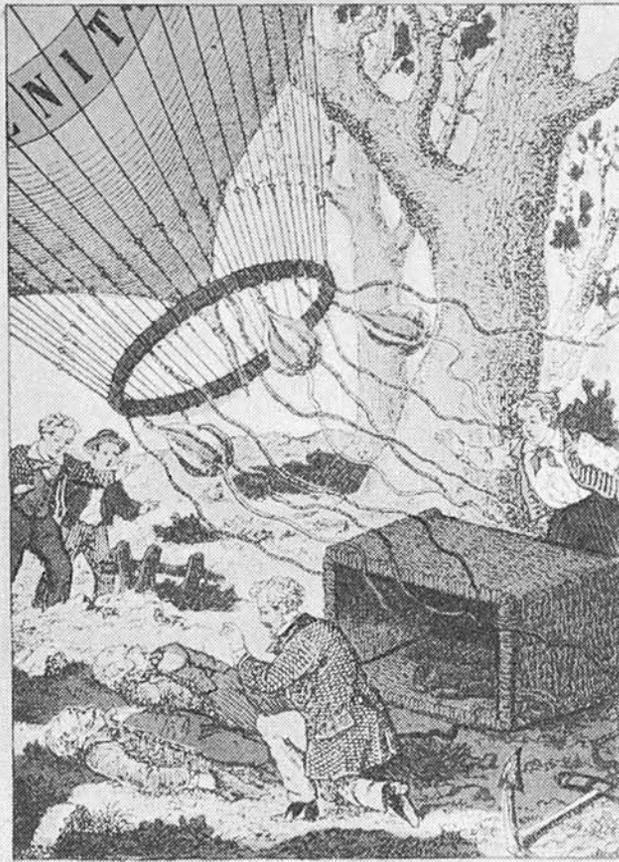
Incendie du ballon et mort de Madame Blanchard, partie de Toul, et précipité sur le toit de la maison n° 16, rue de Provence, le 6 juillet 1819.



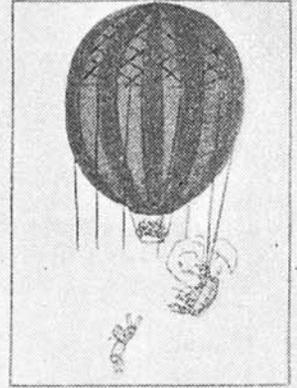
Godard, entièrement submergé et embarrassé dans les cordes de sa nacelle, est tiré près de Grenelle par des pêcheurs le 26 juillet 1818.



Ascension aérostatique du sieur Jean Galle, à Bordeaux, descendu à Créteil, ou à l'ouest, de la pointe du cheval, au lieu de nouveau l'aérostat, brisé le lendemain, 14 septembre 1850, horriblement noyé.



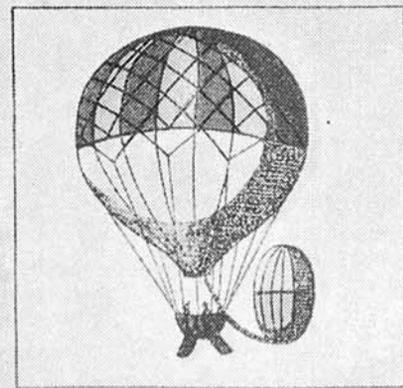
CATASTROPHE DU ZENITH.



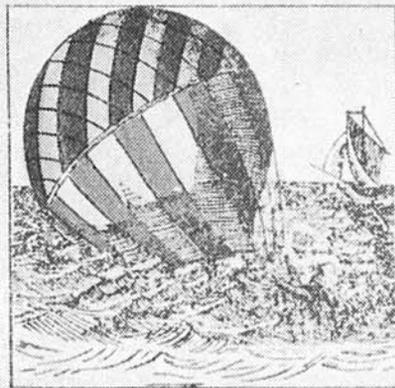
Ascension au mont d'Olivet à Orléans (Loiret), le 23 novembre 1802.

Le jeudi 13 avril 1873, le Zenith partit de Paris vers midi; il était monté par trois personnes aéronautiques: MM. Crocé-Spinelli, Sirel et Tissandier. — Ces savants, après avoir dépassé en une heure l'altitude de 8000 mètres, tombèrent dans un élan d'entraînement rempli de la réflexion de l'air. M. Crocé, s'étant relevé un moment, vit l'aérostat qui était dans la nacelle, et l'espérance de réussite. Le ballon remonta alors avec une vitesse vertigineuse à une altitude inconnue. A trois heures, M. Tissandier, reprenant ses sens à 6000 mètres, vit ses deux compagnons envolés dans la nacelle, la figure entièrement noire et la bouche pleine de sang.

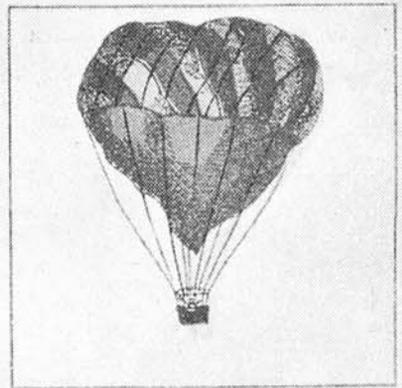
Il put cependant éprouver le choc du ballon qui vint se déliter contre des arbres, près de Chém (Indre). Ce fut seulement après les avoir soigneusement examinés et reconnus qu'ils s'élevèrent qu'ils furent complètement séparés. Les deux cadavres furent ramassés le 18 avril à Paris par M. Gaston Tissandier. Les observations faites le 20 au sujet de ces deux personnes et surtout d'une «douce considérable»; l'Académie des sciences et tout le corps savant s'y intéressent et ont représenté officiellement et accompagnèrent jusqu'en France l'histoire des deux malheureux victimes de leur dévouement à la science.



Ascension de Robert et du duc de Chartres (Philippe-Eugène) à Saint-Cloud, suivie d'une descente périlleuse, le 16 juillet 1784.



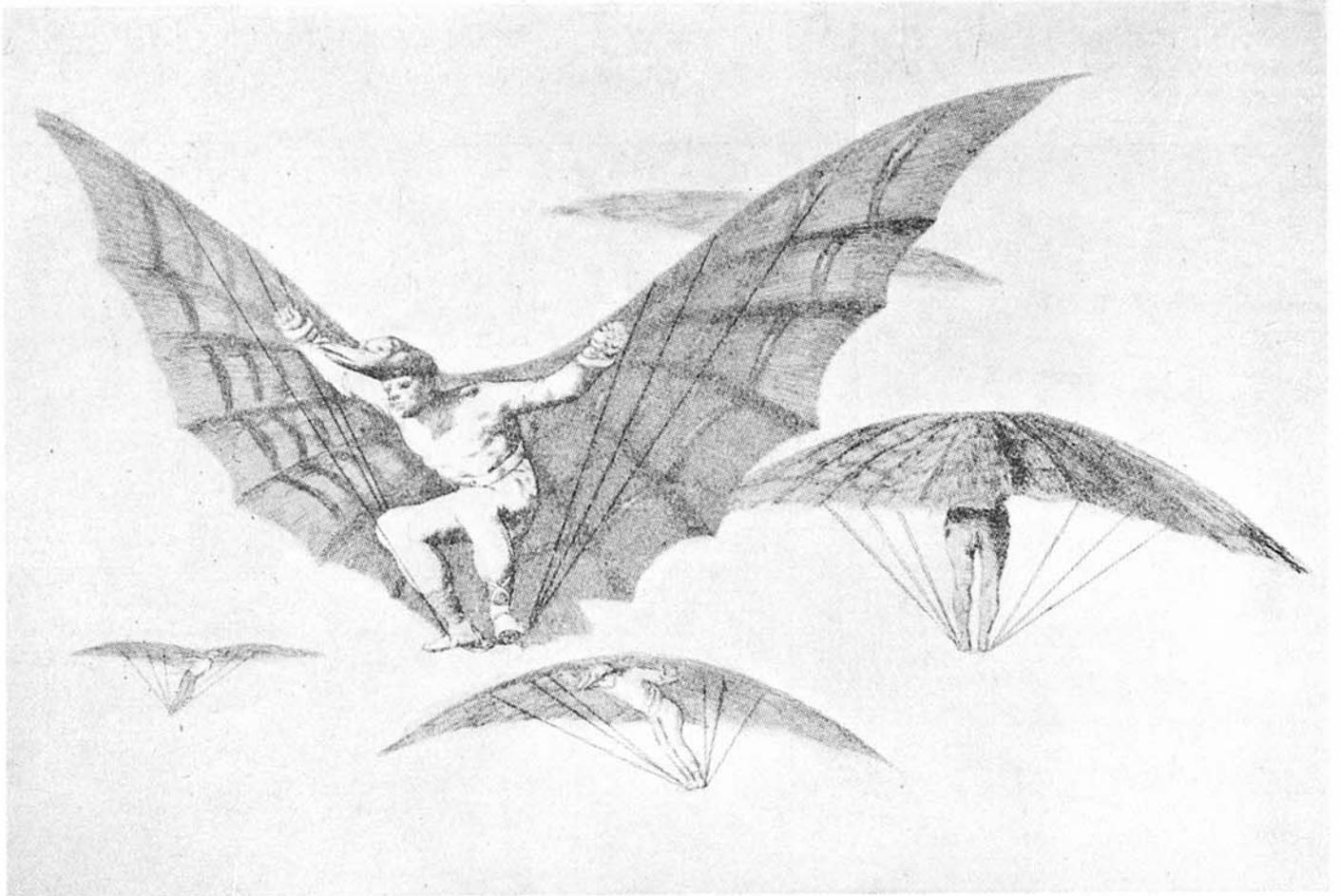
Ascension de Saldar, à Bristol, à Dublin, à la suite de laquelle il se fit perdre dans la mer d'Irlande, en 1810.



Barrie, parti de Londres le 29 septembre 1826, se fit perdre et descendit avec une telle rapidité que l'aérostat fut jeté sur le coup.

Imagerie de P. DIDON, à Metz.

Reposez



"Modo de volar". (Aguafuerte de Goya.)

(De la "Historia de la Aeronáutica", de Vindel y Díaz Arquero.)

Un "disparate" de Goya.

Cauchemar plein des choses inconnues...

Creo que fué Baudelaire quien definió así a nuestro Goya. Pesadilla henchida de cosas desconocidas... Considero insuperable la definición. Hay en la historia de la pintura—sea para D'Ors la gloria de la revelación—momentos lúcidos en que brilla con un Rafael la inteligencia. Las figuras, netamente recortadas, permanecen estables, reposadas, en una atmósfera idénticamente clara y cortante. Medido, racional, todo está dispuesto de modo que, conforme a los mejores cánones clásicos, serene más que turbe, apacigüe antes que rebelle... Pero hay otros momentos en que la pintura se hunde en el infierno de llamas ondulantes, de encarnaciones atormentadas, de fiebre en el mirar, que son los cuadros de un Greco o de un Goya. Si en el otro polo todo se halla sujeto a peso, número y medida, nada hay en éste que no escape a regla o proporción. La inteligencia yace tras los cuerpos desmesuradamente largos que buscan difuminarse en sombras, detrás de los borroneos informes que parodian cuerpos. Es el sueño de la razón de que habló el autor de los "Caprichos"; el despertar, también, de cuanto está por debajo—o por encima—de lo puramente racional: la pesadilla.

Goya es una pesadilla. Quizá por eso adivine. Quizá, porque... Porque Leonardo también adivinó, y ¿quién más racional que él? Pero lo que éste adivinara lo logró a pura inteligencia; lúcidamente, con líneas y geometría; a lo clásico, en suma. Y Goya adivina muy de otro modo; muy al modo como adivinamos entre la bruma pesada del sueño. Las formas nunca vistas se nos aparecen entonces de repente, alucinantes, semiborradas por el manto de lo irreal, apenas dibujadas en la noche de donde han nacido; cuando pretendemos fijar su imagen, desaparecen. Goya supo adueñarse de ellas y cautivarlas, encadenándolas al mundo de lo tangible. Y ahí las tenéis. Hay, me diréis, otro Goya... No, no hay otro Goya; que aun en tal cual pelele de los tapices se adivina el abismo poblado de brujos y machos cabríos, de aquelarres y hombres murciélagos, en que amenaza hundirnos. Un mundo en que de fijo podrán adivinarse muchas cosas, pero en el que seguramente peligrará lo mejor de cada uno de nosotros. Puede ser que en él vuelen los hombres, pero a buen seguro que preferiríamos el lento tanteo de un Leonardo; al menos éste se nos antoja humano. Lo otro, lo otro no. Quizá la infernal revelación resulte verdadera; en todo caso, espanta. En el atisbo de Goya hay muy poco de humano y mucho de infrahumano. Ciertamente este reino, donde imperan absolutas las oscuras potencias de lo subconsciente, es una pesadilla. Lo dijo, creo que Baudelaire: *cauchemar plein des choses inconnues...*